

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL

'MARISQUEIRO' (1/6)



Percebeiro. O Roncudo, Corme (A Coruña), 2017.

RED DE REDES / THIAGO FERRER

Cada vez más razones para dejar X

No sé ustedes, pero yo estoy cansado de Elon Musk. Es bastante evidente que es un hombre con serios problemas, con un abrumador deseo de ser admirado y halagado, que duerme poco y mal —tuiteando cada vez más y durante horas más intempestivas— y que no parece estar en plena forma ni física ni mentalmente.

De hecho, el pasado día 29, el propio Musk tuvo un arrebatado y pidió, en contra de lo que ha llevado impulsando desde que adquirió Twitter en 2022, que los usuarios de X “publicasen contenido un poco más positivo, bello o informativo”.

Pero se le pasó enseguida y volvió a lo que lleva meses haciendo, es decir, exportar a Europa la misma fórmula que contribuyó a la victoria de Donald Trump en EE UU. Usando el poder de su plataforma para difundir falsedades —como acusaciones, ya desarticuladas hace tiempo y hasta la extenuación, de que el primer ministro británico Keir Starmer encubrió una red de abusos a menores cuando era fiscal general de Inglaterra y Gales— o directamente interviniendo en campañas electorales, como la entrevista que tiene prevista con una de las líderes del partido ultraderechista Alternativa para Alemania.

Esto es lo que hay. Es innegable que X es, ante todo y sobre todo, una plataforma para difundir el contenido ultraderechista que le interesa a su propietario. Y para mucha gente es suficiente motivo para

despreciar abiertamente a aquellos que se quedan, acusándolos de complicidad con todas esas ideas.

No funciona así. Cada uno tiene sus motivos para usar o dejar de usar las redes sociales. Echar broncas por tener una cuenta de X no solo suele ser perder el tiempo, sino también contraproducente.

Hay que fijarse mucho más en las instituciones públicas que siguen estando en X. Quienes dicen que hay que estar en lo que fue Twitter porque “es ahí donde está la gente” deberían preguntarse si la gente está en X porque están ellos. Incidencias en el transporte público, previsiones meteorológicas, el estado de las carreteras... son cosas que todavía están en el antiguo Twitter, dándole vida y una legitimidad incómoda.

A estas alturas, estar en lo que fue Twitter tiene el mismo sentido que tener una cuenta oficial en 4Chan o Forocoches. Pero hay que considerar que las instituciones tienen el problema de la inercia. A muchas de ellas les costó tiempo y papeleo dar el salto y abrirse una presencia en redes sociales. El mismo tiempo y papeleo les costará abandonarla.

Pero hay que insistir. Un sector público con una obligación de neutralidad no puede utilizar una plataforma abiertamente de parte. Es cierto que todos estos servicios que también están en X pueden encontrarse en las aplicaciones que estas instituciones tienen, para Android y iPhone, y que estarán sin duda encantadas de que

preferamos. Pero la gracia del viejo Twitter es que estaba todo allí, sin necesidad de tener una *app* para cada cosa.

Y las alternativas, afortunadamente, ya están llegando —al menos en España— a la masa crítica. Esta misma semana, Bluesky y Mastodon ya tenían una animada discusión de una de las mejores costumbres del antiguo Twitter: comentar el concierto de Año Nuevo de la Filarmonía de Viena.

Un sector público con obligación de neutralidad no puede continuar usando una plataforma de parte

Desde las señoras japonesas con kimono en la Musikverein hasta un ballet con locomotoras de fondo, pasando por el pelazo que sigue teniendo Riccardo Muti a sus 83 años, todo estaba allí, como en los viejos tiempos. Horas antes estaban comentando las campanadas y *Cachitos*, también como en los viejos tiempos. Y, en unos meses, la verdadera prueba de fuego: Eurovisión.

En suma: lo importante para las instituciones es salir de X. Además, recordemos: el placer para los trols y ultras en la plataforma es meterse con los que consideran sus enemigos. Si no están, como acaban es peleándose entre ellos.

DIEGO S. GARROCHO

El ruido de la nevera

El pasado 2024 nos trajo tantas novedades que ya nadie se atreve a hacer predicciones. Aunque, bien mirado, todo lo que ahora nos escandaliza resultaba perfectamente previsible entonces. Todavía recuerdo, por ejemplo, cuando en febrero detuvieron a Koldo García Izaguirre. La noticia me llegó rodeado de periodistas, y no hizo falta dar su apellido. Por más que ahora muchos finjan escándalo y desconocimiento, en aquellos días bastó con que alguien dijera “han detenido a Koldo” para que todos supiéramos quién era. Y cuando el nombre de un chófer de un partido político es conocido en las redacciones de los periódicos, algo extraño tiene que haber ocurrido durante demasiado tiempo.

A falta de que el próximo año escondamos nuevas sorpresas, lo que sí podemos prever con total precisión es la reacción del líder de la oposición. Y esa es, probablemente, su peor falta y su mayor debilidad. No importa cuál sea el tamaño o la dimensión de lo que venga porque, suceda lo que suceda, a Alberto Núñez Feijóo le veremos exigir a Pedro Sánchez un adelanto electoral, pedir la dimisión de dos o tres ministros e insistir en su embestida frontal contra un Gobierno cuya continuidad no depende de su estricta voluntad.

No importa la dimensión de lo que suceda en 2025; la respuesta de Núñez Feijóo es totalmente predecible

Alguna vez debería ensayar algún giro no previsto, algún golpe lateral, algún intento no digo ya de jugada maestra, sino, al menos, de modesta novedad. Núñez Feijóo se ha convertido en un político ineficaz por su absoluta previsibilidad, y su discurso se ha convertido en una constante que ya no sabemos si tiene más de vital o de mortal. En el Congreso, sus intervenciones son tan poco sorprendentes que hasta podemos apostar si en la próxima ocasión también se le agotará el tiempo y se le apagará el micro. En su monótona labor, el líder nominal de los populares ha decidido convertirse en un pistón regular, hasta el punto de que casi podríamos completar sus frases.

El presidente del PP ha ido quemando todas las bengalas de emergencia y las ha alternado con derrapes verbales impropios en alguien que aspira a presidir un Gobierno. El 2025 será un año difícil para el Ejecutivo, pero en su alivio siempre podrá contar con el favor de una oposición dispuesta a cumplir fielmente con un guion reactivo que podrían haberle redactado sus peores enemigos. A ciencia cierta no sabemos qué nos deparará el futuro, pero lo que sí es seguro es que seguiremos percibiendo ese runrún constante que nuestro cerebro termina por anular hasta volverlo inaudible. Nunca sabremos si es Feijóo o el ruido de la nevera.

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL
 'MARISQUEIRO' (2/6)



Patrón. Illas Cíes (Pontevedra), 2021.

RED DE REDES / NOELIA RAMÍREZ

Las guapas del cerebro podrido

En diciembre, la Universidad de Oxford escogió su palabra del año: *brain rot*, una expresión que en castellano sería algo así como “cerebro podrido” y que se define por un “supuesto deterioro de las facultades mentales o intelectuales, especialmente relacionado con el abuso de contenido digital trivial o poco estimulante”. Sentir que la masa gris se está echando a perder va mucho más allá de la “niebla mental” que empezó a invadirnos en la pospandemia, cuando se popularizaron verbos como *lanquidecer* para poner nombre a la falta de concentración de una población exhausta. El *brain rot* de ahora es como aquella bruma, pero en su versión de esteroides: la del *scroll* compulsivo de quien come tanta pantalla que se ve incapaz de leer algo de una tirada y solo puede comunicarse a través de la semántica de los *stickers* y memes. Para definir a los aquejados de esta nueva deriva mental se ha destacado mucho cómo se ha alterado el estándar en el sentido del humor y del absurdo —ahí está el fenómeno de los vídeos *skibidi*, incomprensible para quien tenga un consumo de redes por debajo de la hora diaria—, pero poco se resalta cómo el *brain rot* ha retorcido los cánones de belleza hasta marcar metas tan artificiales como crueles.

En 2025, una mujer con el cerebro podrido ha entendido que para ser atractiva debe ocupar poco y estar muy delgada. Nada nuevo bajo el sol, salvo que debe estar

esculpida en piedra sin permitirse un gramo de grasa, y disimular su fuerza porque se llevan de apariencia frágil, como de ceratilla lista para ser apresada.

Las caras que aplaude el cerebro podrido deben tener los ojos grandes, los labios gruesos, las cejas tupidas y la piel lisa, sin imperfecciones. Los rostros son alienígenas, nunca redondos, con forma de triángulo invertido y mandíbula marcada. La nariz, casi inexistente, solo se definirá por su punta, que parecerá un botón minúsculo, y los mofletes, cancelados, son pura aberración. Por algo se han disparado las bichectomías, con gente desprendiéndose de grasa bucal para marcar pómulo y conseguir de por vida esa expresión impostada que delataba morderse los carrillos. Las guapas del cerebro podrido han aprendido que en 2025 ya nadie quiere una *pillow face* o rostro acolchado, que es como se insultó a Madonna porque se notaba que se trabajaba la cara. Ahora todas quieren una como la de la nueva Lindsay Lohan, que es ponerse las mismas inyecciones de antes, pero sin que se noten. Lo dijo mucho mejor Catherine Shannon en uno de mis textos favoritos de 2024: “El *scroll* en nuestros teléfonos nos está matando”. Y no solo por destruir nuestra atención, las reservas de dopamina o las relaciones con el resto: “Tu teléfono es la razón por la que nunca volverás a sentirte sexy con tu cuerpo”.

Como no me gusta la persona en la que me convierto cuando paso demasiado

tiempo ahí dentro, procuro no atraparme en Instagram, pasaje del terror adulto, territorio fértil para alimentar mis complejos. No llevamos ni una semana de 2025, pero se nota que el limbo de año nuevo es el de los propósitos del cuerpo por la cantidad de cuentas sugeridas a las que no sigo, pero que me han hecho replantearme mi dieta, mi cara, mi vida. Llevo siete días de *reels* angustiantes sobre cómo

Las caras que aplauden las redes son alienígenas, con ojos grandes, labios gruesos y piel lisa, sin imperfecciones

mo el cortisol me va a llevar a la ruina mental y física, viendo a un ejército de sargentas de las dominadas que se pintan los abdominales con rotulador (!) y soportando el bombardeo de un tratamiento para reducir papada que, de tanto verlo, hasta busqué el precio: una sesión, 800 euros (se recomendaban tres para notar efecto). No se dice lo suficiente, pero toda esta hipervigilancia corporal con la que nos disciplinan tiene culpables directos. No es solo ese rectángulo negro. Son los francotiradores capitalistas que, a través de él, engordan sus arcas alimentándose de nuestros miedos.

VÍCTOR LAPUENTE

Franco está vivo

La derecha se equivoca cuando dice que el Gobierno intenta resucitar a Franco. Se queda corta. Porque Franco vive. En el inconsciente político de la nación es una fuerza más poderosa de lo que imaginamos. Pero actúa de forma contraria a lo que cree la izquierda, que ve el legado del dictador como una losa. La “herencia de Franco” sería, amén de un aparato estatal y judicial celosamente conservador, un sustrato de desconfianza ciudadana hacia la democracia y las políticas progresistas. Sin embargo, sucede lo contrario: el franquismo nos ha vuelto más de izquierdas. Muy de izquierdas. Hasta el punto de que probablemente no hay país occidental con una ciudadanía más posicionada a la izquierda en el eje ideológico. Y tampoco con más años bajo una dictadura de derechas.

No somos muy de izquierdas a pesar de, sino precisamente porque sufrimos más que nadie un autoritarismo de derechas. Es la ley del péndulo, que han documentado politólogos como Elías Dinas. Mientras en los países excomunistas la mayoría de la población es de derechas, allá donde, como en el sur de Europa, tuvimos déspotas derechistas, la mayoría somos de izquierdas. Y la sombra del pasado no sólo no disminuye, sino que, si cabe, se alarga

No somos muy de izquierdas a pesar de, sino precisamente porque sufrimos el autoritarismo

con el paso del tiempo. Cada nueva generación de europeos del Este se vuelve aún un poco más de derechas. Y nosotros, un poco más de izquierdas. La razón es que el estigma asociado al bando ideológico del dictador es un fuerte adhesivo social que cohesiona familias, amigos y medios de comunicación.

Esto contradice nuestra intuición de que los jóvenes españoles se nos vuelven muy de derechas. Nos fijamos, por llamativas, en las historias de familias *progres* cuya hija, y sobre todo hijo, es de Vox. Y obviamos que la norma no es que te rebelés, sino que copies lo que ves en casa. Y, si acaso, te vuelvas más papista que tus papás, votando a un partido aún más de izquierdas que ellos.

Esto podría cambiar si la ola global de populismo de derechas se consolida en España, y algo de eso detectan las encuestas. Pero esa marea es menor que en otros países. Aquí no manda el franquismo, sino el antifranquismo sociológico. Por eso, el Gobierno celebra cualquier acto que mantenga vivo el recuerdo de Franco, ya sea justo y esperado (como sacarlo de Cuelgamuros) o dudoso y sorprendente, como conmemorar este 2025 los “50 años de libertad”, cuando el presidente en 1975 (y parte del 1976) era el franquista Arias Navarro. En La Moncloa saben que Franco era azul, pero su espectro es rojo. @VictorLapuente

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL
 'MARISQUEIRO' (3/6)



Ameixa. Vilanova de Arousa (Pontevedra), 2022.

RED DE REDES / PABLO ORDAZ

Los viejos fantasmas, las mismas mentiras

La lentitud de la justicia tiene a veces sus ventajas, y una de ellas es traer a la actualidad a personajes públicos que ya se consideraban amortizados —hasta por ellos mismos— y que de pronto reaparecen para demostrarnos que los vicios nuevos no son más que una reedición de los antiguos. Ahí tienen si no a Francisco Álvarez-Cascos. ¿Se acuerdan? —Yo no.

Es lógico. Ya ha pasado mucho tiempo de muchas cosas, de ahí que para algunos sea muy difícil de comprender, por ejemplo, que Carlos Mazón, el presidente de Valencia, siga en su puesto después de su incomparecencia en las horas más trágicas de la inundación sin que el jefe del PP, Alberto Núñez Feijóo, le haya pedido el cese. Pero sí, aprovechando que Álvarez-Cascos ha salido por unos momentos del baúl de los recuerdos, les cuento que la actitud de Mazón procede directamente del manual de instrucciones para gestionar tragedias de Génova 13, tal vez todo quede más claro. Verán.

El fin de semana del 16 y 17 de noviembre de 2002, Álvarez-Cascos, que entonces era ministro de Fomento del Gobierno de José María Aznar, se fue de cacería. Nada que objetar si no fuese porque el miércoles anterior —13 de noviembre— un petrolero llamado *Prestige*, cargado con 77.000 toneladas de fuel, había naufragado frente a las costas de Galicia, que ya empezaban a teñirse de negro. ¿Que qué respondió Álva-

rez-Cascos cuando le preguntaron cómo se le había ocurrido irse a pegar tiros en un momento de tanta gravedad? Pues exactamente lo mismo que Mazón. Dijo que estaba “perfectamente informado”, y añadió: “Un ministro de Transportes tiene que funcionar 24 horas al día, pero no creo en los ministerios nómadas o trashumantes”.

Y se quedó tan pancho, como se quedó ayer cuando, en medio de la vista oral por un presunto delito de apropiación indebida, el fiscal le preguntó por qué había empleado dinero de su formación política para pagarle a sus hijos las entradas de un partido de la Copa Davis. Álvarez-Cascos, genio y figura, contestó: “Porque la imagen pública es muy importante en política. Tener una imagen de familia es un activo”. Y, más de 22 años después, volvió a quedarse tan a gusto. Como debe de haberse quedado Ángel Acebes, que era ministro del Interior de aquel Gobierno de Aznar que mintió sobre la autoría de los atentados del 11-M, cuando hace solo unos días fue ascendido a consejero coordinador en Iberdrola Energía España. El mensaje es claro, y si no lo es, lo parece: no pasa nada.

El manual de instrucciones que utilizó el PP de Aznar para manejar las tragedias —ya sean la del *Prestige*, la del 11-M o la del accidente del Yak-42— sigue funcionando porque se apoya sobre dos poderosas columnas: la negación de la realidad y la persecución del que discrepa, siempre con la mentira como principal herramienta. Y si,

en el peor de los casos, hay que dejar la política por unos años, nunca faltará un consejo de administración amigo para convertir las penas en pan y aguantar el chaparrón.

Hace solo tres años —en marzo de 2021— se pudo ver de nuevo la vieja estrategia de supervivencia. Aznar y algunos de sus ministros durante su mayoría absoluta —de 2000 a 2004— tuvieron que comparecer como testigos en el juicio contra Luis Bárcenas

Álvarez-Cascos regresa del olvido para recordarnos que el PP cambia de cara, pero no de comportamiento

por la caja b del PP. Aunque algunos miembros del partido ya habían admitido que recibieron fondos —algo que también respaldó el Tribunal Supremo—, Mariano Rajoy, Federico Trillo, Ángel Acebes y por supuesto José María Aznar siguieron negándolo.

Por las redes viaja ahora el vídeo de Álvarez-Cascos que dice no sé qué de unas entradas de la Copa Davis que compró con dinero ajeno para trasladarle a la sociedad una cierta idea de familia. Su popularidad recobrada será efímera. Lo que quedará son las formas —ese desahogo marca de la casa— y sobre todo el fondo. No pasa nada. Nunca pasa nada.

SERGIO DEL MOLINO

Libelos de sangre

Si visita La Seo de Zaragoza —y no debería dejar de hacerlo: es una maravilla del gótico mudéjar—, deténgase un instante en una capilla de la nave norte, tras el coro. Verá un altar churrigueresco en honor a santo Dominguito del Val, niño mártir y patrón de monaguillos. Ante usted se alza uno de los últimos libelos de sangre medievales que persisten en Europa. La capilla es un monumento al antisemitismo y al odio racial cuyo culto avergüenza a no pocos católicos, hasta el punto de que fue suprimido en 1969 por el concilio de Vaticano II, aunque los creyentes más pertinaces han hecho oídos sordos, y otros muchos lo toleran por motivos tradicionales.

La leyenda —falsa en toda su falsedad, como han demostrado muchos historiadores— cuenta que Dominguito era el hijo de una familia bien de Zaragoza que, en 1250, fue secuestrado por un judío, quien, en compañía de otros, lo torturó, lo mató y lo desmembró. El niño devino santo y justificó la ira cristiana contra las juderías, hasta la expulsión de 1492. Historias como esta abundan por España (hay al menos otros dos niños santos idénticos, en Toledo y en Sepúlveda) y alimentaron *Los protocolos de los sabios de Sión*, el alegato conspiranoico que sustentó la violencia an-

Los cuentos que diseminan los jefecillos ultras son calcados a los de las leyendas medievales

tisemita en Europa hasta Auschwitz. Muchos de estos libelos de sangre están escondidos en el arte sacro y en tradiciones inofensivas que alían el folclore peninsular, pero pocos recordatorios son tan sólidos como el culto a santo Dominguito.

Acudo de vez en cuando a la capilla, no para rezarle ni pedirle milagros, sino para recordar que las brasas de ciertos fuegos nunca se apagaron en Europa. Lo que hace Elon Musk —echarle las miasmas de X al Gobierno del Reino Unido a cuenta de un escándalo de violencia sexual e inoperancia burocrática entre 2010 y 2014— no se distingue en nada de los libelos de sangre medievales que inflamaban los pogromos contra los otros. Los cuentos asustaviejas que diseminan los jefecillos ultras y sus voceros son calcados a los de aquellas leyendas medievales. Como estas, los nuevos libelos tienen una base de verdad: por supuesto, hay violaciones y abusos, como en el siglo XIII había niños secuestrados y asesinados. No hay época ni país libres de criminales. Pero hacer del crimen y de la torpeza del Estado al perseguirlo y castigarlo el combustible que prende la tea justiciera arroja al mundo a un pozo mucho más hondo y oscuro que la más negra crónica de sucesos. No hay santos suficientes en el santoral para protegerlos del horror que pueden traer los libelos de Musk.

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL
 'MARISQUEIRO' (4/6)



Raño. Vilanova de Arousa (Pontevedra), 2023.

RED DE REDES / JAIME RUBIO HANCOCK

Groenlandia siempre ha sido americana

Una de las mejores cosas de internet es que ha hecho mucho más fácil encontrar a gente con intereses compartidos. Da igual si hablamos de relojes de los años setenta, las novelas de P. G. Wodehouse o de la mejor forma de preparar un café en 57 cómodos pasos... Todo tiene sus foros, sus cuentas de Instagram y sus tutoriales en YouTube.

También es fácil encontrar argumentos para defender cualquier idea, por absurda que parezca. Lo explican muy bien en *The Atlantic* el periodista Charlie Warzel y el investigador en comunicación Mike Caulfield: más que una lavadora de cerebros, internet es, sobre todo, una máquina expendedora de justificaciones. Ellos ponen el ejemplo de la insurrección del 6 de enero de 2021: los seguidores de Trump creyeron todas las teorías de la conspiración que surgieron tras el asalto al Capitolio, como que había sido una operación conjunta de los *antifa* y los demócratas. No es que los propagandistas republicanos fueran tan hábiles como para hacer creer esas mentiras a tanta gente, sino que esa gente buscaba mentiras para seguir creyendo que Trump era el bueno de la película.

Warzel y Caulfield aclaran que la tendencia a buscar justificaciones no es un rasgo exclusivo de los populistas (aunque se les da especialmente bien), sino universal. No somos seres imparciales y racionales, sino que preferimos defender las ideas que ya traíamos de casa. E internet nos lo pone fá-

cil para no tener que cambiar de opinión: es sencillísimo encontrar tuits o titulares que nos aseguran que estamos en lo cierto.

No es un hallazgo nuevo. En su libro *No hemos sido engañados*, el psicólogo Hugo Mercier explica que las noticias falsas y las teorías de la conspiración no convencen a nadie o a casi nadie. Es al revés. Somos nosotros los que ya creemos en esas ideas, o en algunas parecidas, y solo buscamos algo que nos ayude a seguir por ese camino. Nos creemos lo que encaja con nuestras intuiciones previas y lo que podemos justificar ante los demás. Y ahora podemos justificar casi cualquier cosa.

Pensemos, por ejemplo, en la dana de Valencia. Pudimos encontrar argumentos para todo, desde lo más razonable, estuviéramos o no de acuerdo (Mazón debe dimitir, Sánchez no reaccionó a tiempo) a las hipótesis con menos base, como la de los coches llenos de gente atrapada en el aparcamiento del centro comercial Bonaire.

Más: ¿creemos que Begoña Gómez es culpable (o inocente), pero no tenemos claro por qué? Busquemos el tuit o el titular que nos ayude a seguir creyéndolo. ¿Queremos pensar que el terrorista de Magdeburgo no simpatizaba con la extrema derecha como dijo? No hay problema, seguro que en X nos dan razones para mantener nuestras creencias. ¿Trump tiene razón cuando dice que puede comprar o invadir Groenlandia, entre otros astutos planes geopolíticos, y no es solo otro disparate para llamar la atención y

sembrar el caos? Claro, ¿por qué no? Trump ni siquiera ha sido el primer presidente en proponer la compra de la isla, que ya intentó en 1919. Harry Truman (demócrata) hizo una oferta en 1946: 100 millones en oro, también por seguridad: la ruta polar más corta entre Moscú y Washington pasa por ahí. Y el calentamiento global hace que los trayectos marítimos por el Ártico sean más fáciles y frecuentes. Y eso por no hablar de

En redes podemos encontrar argumentos para cualquier ocurrencia. Solo hay que buscar un poco

que es una región rica en minerales raros. ¿Por qué no se va a poder comprar? Es como un solar, pero muy grande. Estados Unidos ya compró Luisiana a Francia, Alaska a Rusia y Florida a España. No sé, yo vendería.

Por supuesto, la verdad y la razón son importantes. Pero hay verdades y verdades. Yo no me puedo plantar en medio de la autopista y decir que los coches no existen porque en este caso la verdad me alcanzará (en forma de camión). Pero hay otras verdades que puedo ignorar, al menos durante un tiempo. En fin, Trump dice que en Groenlandia son muy fans de él, ¿y quién no iba a serlo?

DANIEL GASCÓN

Eterna juventud

Uno de los logros de nuestro país es que hemos encontrado la fuente de la eterna juventud. El secreto no está en la dieta, en los baños fríos ni en la cirugía. Es mérito de un trabajo sostenido en el tiempo y donde las administraciones públicas han actuado con coordinación y coherencia. Unos cuantos conquistadores causaron un montón de problemas en América buscándola, sin saber que se podía fabricar en casa. En una versión peculiar del País de Nunca Jamás, los jóvenes españoles no pueden dejar de serlo ni aunque quieran.

El profesor de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria Juan Luis Jiménez recopilaba algunos datos que lo explican. En los últimos años, la renta por hogar en España ha caído más para los más jóvenes; los jubilados, como ha señalado Javier Jorrín, son el grupo con más riqueza. Los ingresos del capital se redujeron en los menores de 35 años un 23% en una década, mientras que los de los hogares de entre 65 y 74 años han aumentado más de un 300% (en buena medida, dice Jiménez, por las rentas que generan las viviendas en propiedad que poseen). En 2002, el 66% de los hogares cuyo cabeza de familia era menor de 35 años tenía una vivienda en propiedad; 20 años más tar-

Como en el País de Nunca Jamás, los jóvenes españoles no pueden dejar de serlo ni aunque quieran

de, el porcentaje es menos de la mitad. Casi el 86% de los menores de 34 años todavía vive con sus padres: 18 puntos por encima de la UE; en solo 9 años hemos duplicado esta diferencia. Los jóvenes tienen también salarios cada vez menores. (El "mecanismo de equidad intergeneracional", el aumento de cotizaciones para pagar las pensiones, representa lo contrario de lo que dice su nombre.) Santiago Carbó, director de Estudios de Funcas, señala que la diferencia entre mayores y jóvenes no es nueva, y que el problema es que los jóvenes no se incorporan ahora al patrimonio. A su juicio, esto viene del tiempo en que no se construyeron viviendas sociales y asquibles (el parque de vivienda social en España: 2,5% frente al 9% de la media europea).

Si el acceso a la vivienda es complicado, tampoco les resulta fácil formar una familia, lo que va en contra de sus deseos pero es una buena política: quienes son padres en nuestro país tienen un 70% más de probabilidades de caer en la pobreza y entre eso y las tomas nocturnas se duerme peor, con lo que eso avejenta. Los jóvenes no dejan de ser jóvenes y los dictadores no se acaban de morir nunca. Los primeros, por suerte, tienen el bono cultural y *La Revuelta*: no deberían quejarse. Si están insatisfechos les quedan como a Stephen Dedalus el silencio, el exilio y la astucia.

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL
 'MARISQUEIRO' (5/6)



Percebe. Cabo Silleiro, A Guarda (Pontevedra), 2021.

RED DE REDES / CARLA MASCIA

'Charlie Hebdo', la herida que no cicatriza

El sonido característico que hacía con sus patas *Lila*, la cocker que vivía en la redacción, cuando iba de mesa en mesa buscando comida. Esto es lo primero que le vino a la cabeza a la caricaturista Corinne Rey, alias *Coco*, cuando hace poco le pidieron que retratara la mañana en la que dos fanáticos armados con *kaláshnikov* asaltaron la oficina de *Charlie Hebdo* en París, asesinando a sangre fría a 12 de sus compañeros. Ese miércoles, como casi siempre en *Charlie*, el ambiente era muy alegre y todos estaban felices de reencontrarse después de las vacaciones de Navidad. La cronista judicial, Sigolène Vinson, apareció con un pastel y el periodista Michel Renaud, invitado ese día por el dibujante Cabu, una pata de jamón a la que *Lila* no quitaba el ojo. Los chistes volaban, y así empezó el comité editorial dedicado al libro *Sumisión* de Houellebecq. Quién podría haberse imaginado lo que sucedería unos instantes después. "Pasamos del tic tic tic de las patas de *Lila* al tac tac tac de las *kaláshnikov* en muy poco tiempo", recordaba Rey en un reportaje de la televisión francesa emitido este lunes con motivo del décimo aniversario del atentado.

A pesar del tiempo transcurrido desde aquel 7 de enero de 2015, a día de hoy aún cuesta asimilar que dos iluminados masacraran, por un simple dibujo y en nombre de Alá, a los dibujantes franceses más talentosos de su generación. A personas tiernas, divertidas, inteligentes y de una calidad hu-

mana excepcional, capaces de reflejar con unos pocos trazos de lápiz el cinismo y la estupidez que impregnan el mundo. Los testimonios y homenajes vertidos en los últimos días en las redes y en los medios de comunicación del país dan fe de una herida que no podrá cicatrizar jamás. Como la de Elsa Wolinski, hija del siempre provocador Georges Wolinski, cuyas bromas obscenas eran legión. En un emotivo *post* en Instagram, la periodista cuenta el vacío que ha dejado su padre en su vida, la tristeza que siente por ya no ser capaz de recordar su olor, 10 años después, y la necesidad de continuar su combate contra "todos los extremistas que, en nombre de Dios, encierran y violan a las mujeres, torturan a los homosexuales, secuestran a los intelectuales, y envían a hombres a matar por unos dibujos".

Del homenaje de la ilustradora y superviviente Catherine Meurisse a "esa familia de poetas", destaca la figura de Simon Fieschi, el *webmaster* de *Charlie*, al que una bala de *Kaláshnikov* le atravesó la columna vertebral, dejándole importantes secuelas físicas y psicológicas. Falleció hace tres meses, con apenas 40 años. Si bien las causas de su muerte no han sido esclarecidas, su nombre ha sido añadido a la estela conmemorativa frente a la antigua oficina del semanario, situada en el número 10 de la calle Nicolas-Appert, en el distrito XIº de París. "Como superviviente del atentado contra *Charlie*, Simon luchó por asimilar el horror

del que fue una de las víctimas. Hay cicatrices que nunca se cierran", tuiteó el pasado octubre François Hollande, que era presidente de la República cuando ocurrió el atentado.

Trabajando aún bajo amenazas de muerte, el equipo de *Charlie Hebdo* se ha visto obligado a mantener en secreto la dirección de su nueva oficina, bautizada como el *búnker*, y a gastar 650.000 euros cada

10 años después del atentado contra el semanario, los homenajes en redes dan fe de un dolor que sigue muy vivo

año en la protección de sus empleados. Su valentía aún me emociona hoy, en una semana en la que recordé con mucho dolor a los que ya no están, sus rostros, sus risas, esos dibujos desternillantes de Charb que me provocaban carcajadas memorables, la mirada pícaro de Cabu detrás de sus gafotas o las diatribas del economista Bernard Maris contra el trabajo dominical y el delirio consumista —"las minas antipersona también crean empleos", solía contestar a los que argumentaban que eso era bueno para la economía—. Eran seres entrañables, además de brillantes, y nada, absolutamente nada, podrá colmar el vacío que han dejado.

NAJAT EL HACHMI

Blasfemia mora

A bogados Cristianos y Hazte Oír no conseguirán nada con su timo de la estampita. Como en otros casos, su denuncia no servirá más que para darles una inmerecida visibilidad, que es el objetivo que persiguen. Les importan bien poco la vaquilla, el cromo o los sentimientos de los verdaderos católicos, que no son tan fanáticos como para no entender una broma. Los creyentes demócratas deberían salir a protestar contra la indebida apropiación que hacen estas organizaciones ultras de los sentimientos religiosos de todos los cristianos españoles. Nadie les ha otorgado esa representación y su estrategia de colapsar los juzgados con causas absurdas debería ser el delito, no los chistes de los humoristas, más aún con Samuel Paty y el atentado de *Charlie Hebdo* en la memoria.

Pero no hay de qué preocuparse, el ministro del asunto nos ha prometido que este año acabará con el delito anteriormente conocido como de blasfemia. El problema es que el religioso no es el único sentimiento cuya ofensa puede llevarnos ante un juez. En este país son ya unas cuantas las mujeres feministas denunciadas por sus opiniones sobre el tema *trans* sin que desde la izquierda hubiera una protesta uná-

Se oponen a los ultras católicos, pero callan cuando se trata de otras confesiones religiosas

nime por esta vulneración del derecho a la libertad de expresión. Y, por otro lado, si alguien se mofa del islam o critica los preceptos dictados por Mahoma se va a encontrar con el aplauso de la extrema derecha (la misma que no tolera una broma sobre cristianos) y el silencio atronador, cuando no la crítica feroz, de una parte de los progres supuestamente laicistas. Gritarán islamofobia y nos explicarán que el machismo en el Corán es culpa de los traductores. En este sentido, las organizaciones islámicas (casi todas islamistas) se creen con todo el derecho a silenciar a las feministas exmusulmanas que denuncian la misoginia que conocen de primera mano. Conozco a demasiadas mujeres que han tenido que callar y esconderse amargamente porque al alzar la voz no han recibido más que amenazas y acoso (aquí, no en Irán) sin que ni una sola ministra de Igualdad de los últimos años haya dicho ni media palabra sobre la situación de las moras. Resulta llamativo el silencio de tantos (y tantas) que escriben y opinan y se oponen a la *religionización* que pretenden imponer los ultras católicos pero callan cuando se trata de otras confesiones religiosas. Se creen que es respeto pero no es más que dejadez de funciones y una indiferencia cómplice con esos radicales que también son parte de esta sociedad aunque los sigan viendo como ajenos.

EXPOSICIÓN / ÓSCAR CORRAL
 'MARISQUEIRO' (6/6)



Sequeiras. Vilanova de Arousa (Pontevedra), 2023.

CÓDIGO ABIERTO / JAVIER SAMPEDRO

El regreso de la eugenesia

Seguro que has oído hablar de Lulu y Nana, aunque no por ese nombre. Son dos niñas chinas con el genoma editado. Tienen ahora seis años, viven en algún lugar secreto y, por lo poco que el Gobierno chino ha dejado trascender, están bien de salud. Su creador, el genetista He Jiankui, acabó en la cárcel tras anunciar su nacimiento en 2018 y montar así un escándalo monumental que dio la vuelta al mundo.

La intención de He era virtuosa: hacer a las niñas resistentes al sida mediante la modificación de un gen que el virus VIH necesita para penetrar en las células humanas. Pero el genetista se saltó todas las regulaciones chinas y los consensos internacionales con su experimento, puesto que la comunidad científica considera que las técnicas de edición genómica no son aún lo bastante seguras para este tipo de intervenciones.

La alteración de los genes humanos se ha intentado muchas veces. Antes se denominaba terapia génica, y ahora se suele llamar edición genómica, aunque el fondo de la cuestión es el mismo: cambiar un gen para que deje de fastidiar. Generalmente, eso implica corregirlo en una persona con cualquier enfermedad hereditaria —hay más de 3.000 distintas—, pero el caso de Lulu y Nana cruza una barrera que se consideraba sagrada, porque aquí no se trata de tratar una enfermedad cambiando las células de un órgano afectado,

sino de modificar el gen en el óvulo fecundado, de modo que todas las células de la niña llevan la alteración en su genoma. Y eso incluye su línea germinal, la que genera sus óvulos (o los espermatozoides en el caso de un niño), con lo que no solo Lulu y Nana, sino también toda su descendencia llevará la alteración.

Y hay otra diferencia importante. El genetista He no estaba aquí tratando ninguna enfermedad, sino impidiendo que la hubiera en un futuro hipotético. En caso de que Lulu, por ejemplo, sí se contagiara con el VIH en su vida adulta, el sida no se desarrollaría, porque el virus no podría infectar sus linfocitos (glóbulos blancos de la sangre). Esto pone el experimento en la frontera difusa que media entre curar y mejorar.

Curar siempre tendrá un estatus ético más aceptable, ya que aliviar un sufrimiento insoportable convierte los riesgos en una cuestión secundaria, y los pacientes suelen ser los primeros en entenderlo así y dar su consentimiento informado. De hecho, la edición genómica ya se ha usado para tratar la anemia falciforme sin que nadie ponga objeciones morales a ello. Pero mejorar a una persona sana —o a una estirpe entera, como en este caso— evoca unos escenarios de ciencia ficción que pocos expertos están dispuestos a asumir por el momento.

Ocurre que, apenas apagados los ecos de Lulu y Nana, parece hora de dar una

vuelta de tuerca más al argumento. Todo lo anterior se refiere a la modificación de un solo gen, y eso es solo una pequeña parte de la cuestión. Los estudios de las poblaciones humanas han descubierto decenas de miles de variantes genéticas asociadas con condiciones poligénicas (no causadas por un gen, sino por muchos), y aquí ya no hablamos de enfermedades raras, sino de diabetes, dolencias cardio-

La alteración de los genes humanos para curar a las personas es más aceptable que para mejorarlas

vasculares, cáncer, desórdenes psiquiátricos, alzhéimer y de sus causas subyacentes, como la hipertensión o la obesidad. Cada variante genética tiene aquí un efecto muy pequeño, pero la combinación de muchas de ellas alcanza un peso muy considerable. Las técnicas para editar muchos genes a la vez en la línea germinal no están listas, pero pocos expertos dudan de que lo estarán en un par de décadas. Los editores de *Nature* creen llegado el momento de ponerse a discutir en serio sobre sus implicaciones éticas, jurídicas y sociales, entre ellas la eugenesia. Entretanto, larga vida a Lulu y Nana.

BERNA GONZÁLEZ-HARBOUR

OTAN contra OTAN

Los periódicos se llenan estos días de perplejidad y asombro ante los exabruptos de Donald Trump y Elon Musk y más aún las cancillerías, enzarzadas en intentar articular una respuesta a las amenazas que vienen de nuestro hasta ahora gran aliado, EE UU. Lo justo para mostrar la patita, sin ofender al gigante. Pero no parece suficiente. ¿Cuál es el plan? ¿Alguien ha pensado qué hacemos si el aliado se convierte en enemigo, como a todas luces está ocurriendo?

Europa era hasta la fecha ese lugar que ambicionan los inmigrantes de todo el Sur, meca de comercio, de inversiones, ejemplo de derechos y de un bienestar envidiado en todo el mundo. Pero algo ha cambiado; algo muere sin que sepamos qué lo sustituye. De pronto, desde el Este y desde hace ya dos años, Putin libra una guerra que amenaza nuestro espacio y forma de vida. Desde el Oeste, la nueva Administración de EE UU también se estrena con agresiones verbales no aptas entre amigos, sin descartar la violencia. ¿Y en el interior? En el interior de ese sándwich en el que estamos cada vez más apretados brota la Gran Regresión, la oscuridad de una ultraderecha que crece espoleada por los unos y los otros.

La pobre Europa se ha quedado sin



Entre Rusia y EE UU la ultraderecha crece por todas partes, espoleada por unos y otros

nada impresionante que decir mientras Trump y Musk nos arrojan llamaradas. Y sin nada que hacer ante unas redes sociales instrumentos de su estrategia. ¿Pero es que nadie va a hacer nada?

Mientras las personas y los periódicos se debaten entre cerrar o no su cuenta en X, nadie parece estar haciéndose la gran pregunta: no soy yo, columnista, o tú, lector, escritor, periodista, ciudadano, quienes nos lo tenemos que preguntar, sino los Estados; sino Europa. ¿Qué hacer con X? Esto urge en un momento en que nuestras fortalezas, la capacidad infinita para la libertad con instrumentos de sanción demasiado lentos y burocráticos para el mundo real, se están convirtiendo en debilidades. Porque es debilidad asistir impotentes al tsunami de Musk aporreando la red con su fervor ultraderechista, financiando los partidos de su elección en Europa y campando a sus anchas mientras nosotros nos sobresaltamos sin saber qué hacer, *oh my God!*

La emergencia de un nuevo enemigo a la vista mientras aún nos amenaza el viejo apela a actuar con la misma rapidez con que Europa reaccionó en la pandemia para conseguir vacunas. Hay que tener un plan y exhibirlo antes de que la OTAN ataque a la OTAN. Y antes de que las redes sigan siendo el cauce por el que nos inunde la agresión. Y la enemistad.